

DRIEU LA ROCHELLE

Juan C. García Morcillo

El trabajo que Tribuna de Europa publica a continuación es el texto íntegro de la conferencia pronunciada por nuestro amigo y colaborador Juan C. García Morcillo, el 5 de noviembre de 1993, en el Salón de Grados de la Facultad de Derecho de Valencia, con motivo del centenario del nacimiento del escritor y activista político parisino Pierre Drieu La Rochelle (1893-1945)

Constatamos sin ambages un dato incontestable: Pierre Drieu La Rochelle es, en nuestro país, un escritor prácticamente desconocido.

Podemos decir que Drieu La Rochelle no ha sido motivo de interés para los editores españoles. Durante los últimos cuatro lustros se ha ido vertiendo al castellano – con cuentagotas- una pequeña parte de su obra, apenas una decena, y tan solo disponemos de una sola de las veintitantas monografías consagradas a nuestro autor, la biografía de Pierre Andreu y Frédéric Grover, de reciente publicación.

Dos motivos hay, a mi parecer, para esta ignorancia. Uno, el bloqueo intelectual que el país sufrió bajo la dictadura franquista, lo que conllevó un desinterés generalizado por la cultura. Bloqueo alterado únicamente por el debate, sumamente artificial y castrador, franquismo-antifranquismo de los años setenta, que tuvo su prolongación en la pasada década. El otro es, por su puesto, la *incomodidad* de un intelectual que escapó –o, cuando menos intentó zafarse- a los moldes preestablecidos del intelectual al uso.

Santiago Martín Bermúdez, traductor de la citada biografía no deja de señalar, acertadamente, que “resulta curioso que quien cantó la guerra de España a la manera que puede verse en Gules no mereciera mayor atención de unos medios plenamente dirigidos por la Administración hasta muy avanzados los años de postguerra. (...) Pero el discurso vitriólico del fascista Drieu era, quizá, excesivo en la España mojigata que, más que fascista, era nacional-católica”. Y añade Martín Bermúdez: “...Si Drieu se equivocó con el Régimen de Franco, éste no se equivocó con él. En cualquier caso, no fue el único admirador francés reducido al más despectivo de los silencios”. Tal es el caso –añadimos nosotros- de Robert Brasillach, Maurice Bardèche o Louis-Ferdinand Céline.

El nombre de Pierre Drieu La Rochelle no llega a los sectores del radicalismo de derecha en nuestro país hasta 1972, año en el que la casa editora catalana Seix-Barral publica *Memorias de Dirk Raspe*, con traducción de José Escué y, sobre todo, con su *Fuego fatuo*, novela publicada tres años más tarde por Alianza y verdadero aldabonazo para las conciencias de quienes, como en mi caso, la política del extremismo de derecha se nos antojaba limitadísima.

En los años setenta el descuido del combate cultural entre las organizaciones de la galaxia nacional o de extrema-derecha en España era absoluto. La imagen que nos habíamos hecho de Drieu La Rochelle se constreñía a un retrato idealizado y preñado de lugares comunes. Drieu fue, más que materia de análisis, un *slogan* político, un arma arrojadiza. Eran los años en que a Drieu solo se le conocía por la consigna de los nacional-revolucionarios franceses: “*Nietzsche, Sorel, Drieu La Rochelle!*”.

Al otro lado, Drieu La Rochelle tampoco encajaba en la estrategia del progresismo español de los años setenta –y eso que, en cierta forma, el existencialismo en su vertiente literaria no es explicable sin él-, como tampoco ahora, en estos años de socialdemocracia funcional, Drieu es especialmente un personaje incómodo.

Afortunadamente, nada de esto sucedía en la vecina Francia de posguerra. André Malraux y otros intelectuales de izquierda se preocupaban por su obra y colaboraban en la difusión de sus escritos póstumos, el director cinematográfico Louis Malle llevaba a la pantalla *Fuego fatuo*, y revistas como *Magazine Littéraire* le consagraban números monográficos.

Por su parte, la *nouvelle droite* francesa, a partir de 1968 inició una titánica labor de drenaje intelectual que nos ha devuelto a un Drieu metapolítico, en las antípodas de lo que pueda parecernos episódico. Lejos, en fin, de la esquizofrenia de la media cuartilla henchida de lugares comunes y banalidades en torno al suicidio de un supuesto último europeo de una última Europa sumida en el Apocalipsis.

Hemos perdido el grito de combate lanzando no pocas veces de manera ridícula, pero afortunadamente hemos ganado al literato, al hombre que contestó al sistema y elaboró un análisis de la realidad que superaba en frescura e imaginación los que circulaban entre las filas de la derecha y de la izquierda de entreguerras. Ahí, y solo ahí, está su valor. Ya no nos interesa saber quién en los años treinta era fascista o anti-fascista: nos importa la capacidad de observación, la capacidad de síntesis.

Y lo cierto es que aquella generación, la generación de Drieu La Rochelle, independientemente de las ideologías que unos u otros intelectuales abrazasen, arrojó más luz en unos pocos lustros que siglos de debate estéril.

“La guerra –escribió Ernst Jünger en 1926-, es nuestra madre, ella nos ha parido en la hinchada panza de las trincheras, como una nueva raza y nosotros reconocemos con orgullo nuestro origen. Consecuentemente nuestros valores deben ser valores heroicos, los valores de los guerreros y no el valor del tendero que quiere medir el mundo con su vara de medir telas. Nosotros –continúa Jünger- no queremos lo útil, práctico y agradable, sino lo que es necesario y que el destino nos obliga a desear”.

Este párrafo del gran escritor alemán, afortunadamente todavía vivo entre nosotros, resume con quirúrgica precisión, el espíritu de aquella generación europea del interregno, que había conseguido romper el cordón umbilical que unía a la sociedad de la época con 1789. Nietzsche había sembrado la discordia y ahora se recogía la cosecha: el racionalismo burgués, el espíritu individualista, era hostigado, arrinconado, puesto de rodillas. Y ello, vuelvo a repetir, independientemente del país al que se pertenecía, al margen de la trinchera a la que el destino conducía a los jóvenes, tanto en la guerra como en la inestable paz que le siguió.

Hay, en tal sentido, un pasaje nada inocente en la biografía de Andreu y Grover. El escenario: el campo de batalla de la Gran Guerra. Un momento de calma. El espíritu a uno y otro lado de la línea de fuego: el mismo. “Durante aquellos días tranquilos –escriben Andreu y Grover-, Drieu escuchaba la campana de una capilla medio destruida, abandonada entre líneas y que se animaba a veces con el viento; en la trinchera alemana también un joven soldado que la escuchaba, Ernst Jünger”.

Drieu y Jünger. La guerra los había colocado frente a frente, pero la desmovilización los situaría en el mismo torbellino, en el mismo sentido y en la misma dirección. En su derrota interior –no la que dictan o pactan los estados mayores de los ejércitos en pugna-, encontraron la potencia capaz de superar la decadencia continental, los ingredientes que rompían en mil pedazos el caparazón de la unidimensionalidad burguesa.

¿Por qué hablar hoy, en 1993, a cien años de su nacimiento y a casi medio siglo de su muerte, de Drieu La Rochelle? Esta tertulia no pretende ser –no lo ha pretendido nunca- un evento apologético, sino un momento y un espacio óptimo para aguijonear conciencias, de crítica y autocrítica. Quienes aquí estamos sabemos que el triunfo de Occidente en 1918 y en 1945 fueron victorias pírricas. Que Europa –por

favor, no confundamos Europa con Occidente- está herida de muerte aunque su agonía sea lenta, apenas perceptible; que el igualitarismo es una quimera criminal; y que la religión de los derechos humanos es el nuevo opio del pueblo. Ese optimismo occidental no hace otra cosa que cocinar en la trastienda el macabro potaje sazonado con guerras de baja intensidad y pensamiento débil ad nauseam de los nuevos gurús socialdemócratas y liberales de toda condición.

Es muy fácil, tremendamente cómodo, para los epígonos de la ideología dominante lanzar sus dicitos o simplemente elaborar *sus* verdades a medias. Pero lo cierto es que Drieu no fue ni un nacionalista exaltado, ni un nazi conspicuo, ni un pelele al servicio de una potencia extranjera, ni un comunista de vocación tardía. Drieu fue un hombre que vivió vehementemente, que supo tomar el pulso al mundo que le tocó vivir, que amó a Europa por encima del amor que sentía por su país, por encima de todas las patrias, sencillamente porque no le agradaban, porque se rebeló ante un futuro miserable junto a un cadáver perfumado.

* * *

Pierre Drieu La Rochelle nació en París, en “una calle igual que otras cien de esta ciudad”, el 3 de enero de 1893, en el seno de una acomodada familia que conocerá el desgarrar de un matrimonio que día a día se irá deteriorando. Este hecho marcará profundamente, tanto en su niñez, como sus relaciones de pareja cuando adulto.

Drieu estudia el bachillerato siguiendo la rama de filosofía. La influencia de Nietzsche es, desde un principio, muy clara. No debemos perder de vista que Nietzsche ha sido el filósofo de la primera mitad del siglo XX: es prácticamente imposible encontrar político o intelectual de aquella época que, en mayor o menor grado, no sufriera el influjo nietzscheano. A los diecisiete años se matricula en la Sorbona en las carreras de Ciencias Políticas y Derecho, con objeto de prepararse para una carrera diplomática que augura exitosa. Sin embargo, su fracaso será estrepitoso. No por carencias propias, sino por una actitud inconformista en extremo, hasta el punto de convertirse en el punto de mira de sus profesores: Drieu La Rochelle es un talento de vida licenciosa, un talento que no se adapta a la rigidez académica, un superdotado abocado al fiasco. Y su primer gran fracaso no tardará en llegar. Drieu ha de decir adiós a la diplomacia en el preciso momento en que Europa inicia la primera de las dos grandes guerras civiles de este siglo.

Drieu, como es lógico, no se esconde. Acude al combate con un ejemplar de *Así habló Zaratustra* en su mochila, según su propia confesión. En absoluto percibe el conflicto como una mera carnicería, como un choque estruendoso y diabólico de hombres y materiales, sino como una eclosión de disenso, una posibilidad plausible de liberación de fuerzas superiores, el escenario ideal donde barruntar un futuro distinto para sí y para sus compatriotas, un porvenir liberado del lastre-trampa de los siglos XVIII y XIX.

Durante aquella guerra atascada en el barro, Drieu percibe, por primera vez en su vida “la impresión aplastante y definitiva de que el hombre está ahogado en la humanidad”, de que es una “hormiga engullida en el hormiguero”. Drieu cree que la burguesía como fuerza histórica está agotada, que el mundo burgués se desploma, que su espíritu revolucionario ya ha dado todo lo que encerraba en sí, que las viejas jerarquías carecían de toda legitimidad, y que nuevas y jóvenes fuerzas sociales irrumpían poderosas, inmisericordes, labrando su propia legitimidad histórica y frente a las que toda oposición debía considerarse inútil y criminal.

Drieu siente esa necesidad de caer en el vacío de vivir y morir a un mismo tiempo. Una vida que sería algo así como aquel *vitalismo agónico* que tan magistralmente definiera Miguel de Unamuno. Vivir, en suma, peligrosamente. Vivir, como si el presente fuera la inmediata antesala de la muerte. Morir joven para dejar una obra bella, sin mácula. Morir joven: la obsesión que acompañará siempre a Drieu y que Andreu y Grover califican como una voluntad “de no vivir adecuadamente” o una “mala voluntad de vivir”. Los años en los que Drieu escribe: “Guerra, especie de soledad, me has obsesionado, me posees. Aquí llega tu supremo asalto. Es necesario que me abandone a ti, con cuerpo y pertenencias. Has puesto en mí una incurable ternura; ya no sabría vivir fuera de ti. Me has penetrado –concluye- con un extraño amor”. No teníamos un diplomático de carrera, pero sí –¡y con qué fuerza!- el hombre de letras cuyo segundo nacimiento ha tenido lugar en las tempestades de acero, comprometido con su sangre, comprometido con el futuro.

En 1917, en plena guerra, Gallimard da a conocer a Drieu con *Interrogación*. Su éxito crece en progresión geométrica. Dos años más tarde lo veremos colaborando con Aragón, Bretón y Soupault en la revista *Littérature* y, no mucho después, en la celeberrima *Nouvelle Revue Française*.

* * *

¿Era Drieu La Rochelle un hombre de derecha? ¿Un hombre de izquierda, tal vez? Hoy, setenta años después, este tipo de interrogantes se nos antoja bastante estúpido. Drieu celebraba al mismo tiempo a Barrés y Mauras, y sentía una fuerte atracción por la izquierda, en general, y por la intelectualidad anarquizante, en particular. Podía expresar una honda simpatía por Mussolini y, al mismo tiempo, mantener una estrecha amistad con el líder comunista Raymond Lefevre. Digamos que la personalidad de Drieu La Rochelle podía obrar el milagro de congregar a los contrarios. De que Drieu, en realidad, no era un hombre de la derecha ni de la izquierda, sino una persona auténticamente independiente. Al poder estar por encima de una y otra, su discurso no era otro de las sociedades –Francia, Europa...- no podían seguir jugando por más tiempo con conceptos artificiales. Drieu es, simple y llanamente, un observador que toma conciencia, que se posiciona y actúa al margen de cualesquiera marchamos: lo que los anglosajones llaman un outsider.

Desde 1920 y, particularmente, desde 1922, año de la publicación de *Mesure de la France*, Drieu advierte seriamente a sus contemporáneos de la decadencia de su país. Un anticipo de lo que una década después serán las cuestiones clave de su conversión al fascismo o, para ser exactos, de la articulación de *su* socialismo fascista. En *Mesure de la France* encontramos los ingredientes, todavía rudimentarios, vacilantes, de su discurso político y que no son otros que una anticipación –lúcida donde las haya- de las claves que van a dominar el mundo por venir a corto y medio plazo, y en cuya crítica no escapan ni aristocracia, ni liberalismo, ni comunismo, ni extremismo de derecha... “No es cuestión de revoluciones –escribe Drieu en *Mesure de la France*-, de restauraciones, de superficiales movimientos políticos y sociales, sino de algo más profundo, de un Renacimiento”.

El éxito de Drieu con *Mesure de la France* será arrollador. Sus biógrafos Andreu y Grover han contabilizado alrededor de un centenar entre artículos y reseñas en la prensa del momento. El libro, como es lógico, desagrada a la izquierda, a la derecha maurrasiana e, incluso, a los fascistas franceses de primera hornada. Los primeros acusarán –como no podía ser de otra manera- a Drieu de utilizar métodos caóticos en

sus análisis. Los segundos, de despreciar el nacionalismo, de no odiar a Alemania (¡!), el enemigo.

Drieu no fue nunca nacionalista y cuando actuó en clave patriótico lo hizo siempre bajo unos parámetros nada brumosos: Europa. Con motivo de un viaje a Italia, Drieu le confiará a un íntimo amigo antes de partir a Roma: “Puedes mandar al carajo a un parlamento de idiotas, pero si se vuelve al pasado, hacia la historia provinciana, si se embarca el nacionalismo y se mantiene, podrá hacerle mucho daño a su país y a los demás. Si ese Mussolini no piensa enseguida en los estados unidos de Europa, fracasará”.

El espíritu que informaba *Mesure de la France* volverá a parecer –acaso con un mayor grado de subjetivismo, de pasión, de acientificidad- en *El joven europeo*, obra en la que la linde entre el Drieu novelista y el Drieu sociólogo y preocupado por lo político –no nos atrevemos a llamarlo politólogo- es difusa. Estamos en 1927 y Drieu critica ácidamente tanto el sueño americano como las veleidades soviéticas a las que tacha de “anulación de la vida”: “Maquinismo e igualitarismo son las arañas que tejen la tela de sus crueles nombres. Veo –continúa en tono visionario Drieu- un horizonte de rejas de prisión”. Europa es un cuerpo sin alma, viejo, roto por los nacionalismos, ante el que no cabe otra actitud que en sentido evoliano y estoico de permanecer en pie frente a la ruina. Todas las civilizaciones, el conjunto de todas las civilizaciones es el producto de la suma de procesos que indefectiblemente llevan a la decadencia. La civilización, toda civilización –y en eso coincide con Oswald Spengler- lleva en sí los gérmenes de su propia decadencia y destrucción.

Un año después –1928-, publica *Ginebra o Moscú*. Más de lo mismo. Drieu se reafirma en sus convicciones expuestas en parte de sus anteriores libros: las patrias son cadáveres sepultados bajo montañas de muertos que la guerra ha producido como una gigantesca máquina de triturar energías. Frente a las patrias –frente a los nacionalismos- Drieu nos señala un nuevo mito movilizador: la unidad continental como paso previo a una nueva Europa, que acabe de una vez para siempre con las luchas intestinas que la han sangrado durante siglos y a la que la Gran Guerra ha aportado el definitivo desbocamiento de la técnica en su faceta más pérfida: la muerte en masa. “Hay que hacer Europa –escribe Drieu-, porque hay que respirar si no queremos morir”.

En *Europa contra las patrias*, de 1931, título por cierto suficientemente significativo, da Drieu una nueva vuelta de tuerca a su europeísmo y a su antinacionalismo, pero en el que no deja de considerar las convulsiones que se están produciendo en la *Mitteleuropa* o Europa central, la emergencia de países eslavos, *jóvenes* –adjetivo tan caro a Moeller van den Bruck-, a los que nuestro autor considera más vivos que a las cansadas democracias occidentales y que a la propia Unión Soviética.

* * *

muy lejos estaba ya su matrimonio y posterior divorcio con Colette Jeramec. Drieu, al margen de sus escritos políticos, es un novelista consagrado. Viaja con asiduidad por el continente. A Grecia y a Argentina. También a nuestro país. En 1932 acude a Buenos Aires de la mano de Victoria Ocampo. Allí pasará cinco meses, de junio a octubre, en donde pronunciará una serie de conferencias que, en el fondo, no serán otra cosa que la reelaboración –una y otra vez- de sus obsesiones políticas. El título genérico de aquellas conferencias tampoco necesita mayor explicación: *La crisis de la democracia en Europa*.

Pero su espíritu antidemocrático no obedece sino a criterios de antiindividualismo. Drieu no es un resentido con vocación de tirano, sino un socialista convencido, un socialista que ha idealizado el –su- socialismo de tal forma, que poco tiene que ver con el socialismo acuñado por los viejos y aburguesados radicales. Su socialismo es, en realidad, un comunitarismo, ese mismo comunitarismo con el que surgió el *arditismo* o el mismo bolchevismo. Un comunitarismo que no entraba en conflicto con la libertad, en particular con la libertad de criticar la realidad y la libertad de operar en consecuencia.

Allá, en Argentina, conocerá a Jorge Luis Borges, con quien enseguida trabará una buena relación. “Realmente encantador”, escribirá Drieu. (Por cierto, de esta amistad dejará Borges una críptica reseña en su cuento *Tlon, Uqbar, Orbis Tertius*, donde cita a Drieu junto a Ezequiel Martínez Estrada.) Pierre Andreu y Frédéric Grover, en la biografía de Drieu que nos sirve como hilo conductor de esta intervención, sostienen que fue Borges quien sugirió la historia que sirve de inspiración a la novela *El hombre a caballo*, al contarle a Drieu el trágico final de un dictador boliviano del siglo XIX.

Detengámonos, aunque sea brevemente, en esta novela, sin duda alguna una *rara avis* en la obra literaria rochelliana, donde Drieu vuelve a demostrarnos su dominio de la técnica novelística, su capacidad de aprehender situaciones, y crear y dar vida propia personajes.

La novela se desarrolla en Bolivia y capta la idiosincrasia andina de manera verdaderamente sorprendente, sobre todo para un autor para el que el mundo y la cultura hispanoamericana quedaban un tanto lejanas. Sus personajes centrales son Jaime Torrijos, un joven oficial de caballería, y su amigo Felipe, un guitarrista solitario que sugerirá al primero un ambicioso proyecto político y militar. En la ruta conjunta que ambos emprenden se entrecruzan varios personajes, a través de los cuales Drieu fija - ¡cómo no!- sus opciones políticas: Ramírez, el viejo dictador, símbolo de las sanguinarias dictaduras criollas; el jesuita Florida, conspirador, a través del que podemos observar la faz anticlerical de nuestro autor; Camila, una mujer de la alta burguesía, la tentación de una vida cómoda, la huida del compromiso revolucionario. Frente a todos ellos, la figura de Torrijos representa la esencia del combate sin contrapartidas y con todas sus consecuencias, la franqueza, la claridad cristalina y la acción como columna vertebral de una vida que aspira a algo más. Jaime Torrijos y su amigo Felipe irán venciendo obstáculo a obstáculo pero, paradójicamente, acabarán por comprender que su epopeya es imposible, que sus sueños no madurarán en una época para la que han nacido con demasiada antelación. En cierto modo, Torrijos nos recuerda a esos personajes de Yukio Mishima para los que cuenta más la pureza en la acción que la acción en sí. Torrijos es... Drieu.

¿Cuál es el sueño de Torrijos y el guitarrista Felipe? El imperio, pero no el imperio como simple dominio de extensiones territoriales, como sodomización económica de unos pueblos sometidos *manu militari*, sino como creación de un orden distinto, popular, integrador, posburgués. El mundo que envuelve a estos combatientes es el mundo de las armas. De las armas y de una profunda espiritualidad: “un gran soldado es siempre un gran asceta”, escribe Drieu en *El hombre a caballo*. No es la guerra por la guerra, sino combate total, creador, generador de nuevos mitos y de nuevos ritos. Drieu, en *El hombre a caballo*, rinde culto a la virilidad, a la etnia indomable –Torrijos es indígena, no criollo-, capaz de una espiritualidad al mismo tiempo ancestral y radicalmente novedosa.

“¿Qué es un palacio boliviano para el que soñó con América? La patria es amarga para quien ha soñado con el imperio. ¿Qué es para nosotros una patria sino es

una promesa de imperio?”, dice Drieu por boca de Felipe. *El hombre a caballo* es una gran metáfora en el discurso político de Drieu adquiere tonos metapolíticos, de política de gran calado. Pero al mismo tiempo, repito, es una soberbia novela que no dudo en recomendar vivamente. Hay pocos novelistas ajenos a la cultura hispana que hayan sabido captar mejor y con tal profundidad la quintaesencia de lo que fue el alma del imperio hispano.

Pero volvamos a su biografía. 1933 es un año de singular importancia para la trayectoria de Drieu. La III República, el régimen republicano y el propio parlamento están sumidos en una profunda crisis. Y enfrente, Alemania, la potencia derrotada y humillada por Francia en 1918 muestra sin recato la musculatura de un Estado sólido y desafiante. Drieu ha cumplido cuarenta años, y su experiencia vital y su carácter marcadamente independiente, le aleja de cualquier tipo de prejuicios. A finales de año viaja a Berlín y, si bien no muestra un excesivo entusiasmo por el régimen hitleriano, si advierte un impulso joven y renovador en las filas de partido nazi, sobre todo en los sectores de la izquierda del NSDAP –a los que Armin Moler ha calificado como *trostkistas* de la Revolución Conservadora-, donde se respira un ambiente ciertamente renovador, antiburgués, socialista. Por el contrario, lo que no gustó a Drieu fue la presencia de tanta jerarquía y los restos de un capitalismo que se adaptaba camaleónica y apresuradamente al nuevo Reich.

El 6 de febrero de 1934 París será el escenario de una gigantesca manifestación que concluye en un motín que el gobierno radical aplasta con saña: una veintena de muertos y cerca de medio centenar de heridos. Es la consecuencia del *affaire* Stavisky. La radicalización del discurso rochelliano, su fascistización, alcanza su mayor grado en su ensayo Socialismo fascista, en el que nuevamente, fiel a su trayectoria y particulares métodos analíticos, antepone su experiencia vital al estudio meramente científico tan caro al marxismo.

Socialismo fascista, publicado por Gallimard en 1934, constituye otro acontecimiento político. Y, como era lógico suponer, mal recibido por los extremistas de derecha e izquierda. Particularmente ácido se mostró con la extrema derecha nacionalista en vías de fascistización: “No es fascista quien quiere –escribe Drieu-, un simple nacionalista no puede serlo, porque no tiene la menor idea de socialismo”. “El fascismo –advierte Drieu- es siempre un partido de izquierda”.

Drieu vuelve a denunciar el desorden establecido, el irrespirable clima de corrupción, la desertión de los mejores. A los monárquicos reprocha su reaccionarismo estéril. A los socialistas sus trampas legales, su juego sucio, su papel de alcahueta entre el capitalismo y las masas obreras. Denuncia, asimismo, a los sindicalistas que han caído en la trampa de su propia autocastración al convertirse en una nueva aristocracia funcional y al romo obrerismo de un comunismo incapaz de desembarazarse de la tutela soviética. Drieu aspira en *Socialismo fascista* a un movimiento revolucionario que restaure esperanzas y cuerpos, mentes y músculos: salud, dignidad, fortaleza, personalidad, combate heroico... Ese mismo espíritu de higiene social que también encontramos en otro maudit: Louis-Ferdinand Céline.

Su trabajo como periodista lo lleva con cierta asiduidad al extranjero: Hungría, Roma, nuevamente Alemania. Su vida amorosa es, ciertamente, desordenada: ni siquiera ha roto definitivamente con su primera mujer, Colette Jeramec. Drieu y su relación con las mujeres fue compleja, intensa y prolífica. Tanto que merecería una conferencia aparte y no precisamente aburrida...

En 1935 se produce un giro inesperado en la trayectoria política de Drieu, cual fue su acercamiento a un proyecto en ciernes que se presume de gran envergadura. En esta iniciativa encontraremos a algunos de sus mejores amigos: Bertrand de Jouvenel,

Paul Marion, Jean Fontenoy y Bertrand de Maud'Huy. Lo que se pretende es, ni más ni menos, que la formación de un gran partido fascista, pero con una especial peculiaridad: ésta ha de surgir desde una plataforma de izquierda, capaz de movilizar grandes masas obreras y atraer amplias franjas de militancia comunista. A la cabeza de esta operación está un antiguo y prestigioso militante del PCF, Jacques Doriot, cuyo abandono del partido se produce como consecuencia de sus posiciones nacional-comunistas: una respuesta a la relación de subordinación del PCF a Moscú.

En 1936 Drieu La Rochelle se adhiere al Partido Popular Francés, que es como al final se denominará aquella iniciativa, en el que aceptará importantes responsabilidades y colaborará en su semanario oficial, *La emancipación nacional*. Sin embargo, Drieu nunca, pese a su tremenda ilusión por el proyecto al coincidir con su idea de socialismo fascista, será un militante dócil y acrítico.

Todo lo contrario. Drieu formará, desde un principio, en lo que podríamos llamar su ala radical, de tal forma que cuando el PPF pasó de ser un partido nacional-comunista de sus orígenes a formar parte de la galaxia antimarxista, Drieu criticó duramente a Doriot y se acogió con más fuerza que nunca a su tradicional postura de absoluta autonomía.

Drieu tampoco fue el político frívolo o veleidoso que a veces se ha querido presentar. Todo lo contrario. Drieu fue lo que pudiéramos llamar un auténtico antioportunista: utilizó el término “fascista” sin complejos en un partido al que, al menos oficialmente, le horrorizaba tal adjetivo. Drieu fue un revolucionario sin compromisos extraños, un anticapitalista con un discurso certero y demoledor, y una concepción de política exterior sin dobles sentidos. Sus posiciones le llevarían a una primera ruptura con un Doriot, al que Drieu consideraba demasiado comprometido con la derecha sin duda alguna poco partidaria de revoluciones y revolucionarios.

Drieu, sin embargo, volverá en 1942 al PPF, con motivo de su IV congreso nacional. En ello, algunos autores han querido ver un acto de desesperación, una acción estética, un desplante destinado a dar a sus enemigos una razón para abatirlo. Pienso que hay poco o nada de eso. El idealismo de Drieu no era incompatible con su pragmatismo. No debemos perder de vista que, en 1942, el PPF no está lejos del poder ante el fiasco del gobierno de Vichy tras la eliminación de Darlan y su incapacidad para llevar a cabo la tan cacareada revolución nacional. Drieu vuelve al PPF porque creía sinceramente que Doriot estaba a punto de conquistar el poder. Lo que Drieu no previó fue la contundencia de la oposición de las autoridades nazis ocupantes al proyecto y, lo que era aún peor, la real incapacidad del PPF de conquistar el Estado. Abetz, el embajador alemán en la Francia ocupada –a pesar de su amistad personal con Drieu- y Von Ribentrop son partidarios de Laval. Nuevo fiasco político y Drieu se separa de Doriot, esta vez definitivamente.

Como ha escrito Philippe Soliers: “Cuando la Acción Francesa se fosilizó, Drieu dejó de ser maurrasiano. Cuando la Sociedad de Naciones en vez de construir Europa, se había dedicado a estériles charlas, Drieu dejó de creer en Ginebra. El PPF francés degeneraba hacia una posición nacional-conservadora y a Drieu sólo le quedaba la opción de abandonar a Doriot. No era Drieu quien abandonaba los grupos y a las personas que antes había aprobado y seguido. Eran éstas las que no alcanzaban a cumplir su misión histórica y Drieu se limitaba a tomar nota y extraer las consecuencias. Su pretendido diletantismo –continúa Soliers- no era sino el lúcido reconocimiento del fracaso de los movimientos de renovación”.

Buena prueba de que Drieu no era un maniobrero ni un colaboracionista al uso, la tenemos en que, desde fecha tan temprana como 1941, año en el que Hitler sumaba sus intervenciones militares por triunfos, criticó abiertamente la política

expansionista nazi en no pocos de sus artículos. Drieu no se hace antifascista porque el fascismo esté siendo derrotado militarmente, sino porque ve en su política exterior las sangrantes contradicciones que el fascismo, los fascismos, habían ocultado en la etapa de sus respectivas revoluciones nacionales. Los últimos años de su vida, incluso cuando se acerca por segunda vez al PPF, son un período donde en los dos platos de la balanza hay esperanzas, pero también una profunda crisis política. Su crítica es cada vez más dura contra el fascismo nacionalista. El fascismo estaba enfermo de nacionalismo y derechismo. Y Drieu se llegará a preguntar sino será en el comunismo soviético donde estén las respuestas que el fascismo se muestra incapaz de ofrecer. Drieu, en tal sentido, escribe: “En estos días he llegado a la convicción por los actos de los alemanes y por declaraciones que solo experimentaban desconfianza y asco por los pocos elementos fascistas que hay en Francia... Así, pues, los hombres como yo no tienen nada que hacer... Así que ya pueden –concluye Drieu- meterse en su tienda y saborear la amarga conciencia de la decadencia europea y la imposibilidad de su sueño de puro socialismo aristocrático y guerrero”. El 12 de marzo de 1943 –repito: el 12 de marzo de 1943- reconoce: “Ya no creo en el fascismo. Demasiado poco socialismo en el fascismo”.

Drieu, al calor de las noticias que llegaban de los distintos frentes, barruntaba en cualquier caso un oscuro final de la segunda guerra mundial para Europa. Más que la esperanza secreta de ver ondear la bandera roja en los edificios de Francia, Drieu temía la hegemonía anglosajona, que la Europa atlántica pudiera convertirse –como así sucedió- en una suerte de colonia norteamericana: otra coincidencia con Spengler.

A finales de 1943 viaja a Suiza para pedirle a su mujer, Alexandra Sienkiewicz, que se ocupe de sus asuntos personales. Deja testamento. Puede permanecer en territorio neutral –la resistencia lo tiene en su negra lista de futuros cadáveres-, pero regresa a su país. También tiene la posibilidad de exiliarse en España y se niega en redondo. Drieu sabe que su hora está próxima, porque él mismo la ha elegido. Es un momento muy especial y muy dramático en su vida. Curiosamente se entrega con inusitada fruición a la lectura de textos trascendentales de la tradición esotérica europea, hindú y china. Es su período de misticismo acompañado de fuertes depresiones, que no le impiden empero escribir *Los perros de paja*.

Tras alguna tentativa frustrada de suicidio y ver publicado su nombre en la prensa como traidor a Francia y su nombre envilecido por periodistas a los que él siempre había respetado, a pesar de estar en posiciones políticas distintas; tras ser abandonado por las distintas mujeres de su vida, Drieu puso fin a su vida el 15 de marzo de 1945. Ingiere tres frascos de gardenal y se abandona ante una tubería de gas que previamente había arrancado antes de “entrar en la noche sin estrellas, en la noche sin dioses, en la noche que nunca ha gestado el día, que nunca ha producido al día, en la noche inmóvil, muda, intacta, en la noche que nunca ha sido y que no será jamás”.

El destino de los intelectuales mal llamados colaboracionistas como este caso no podía ser otro más que la muerte. Céline pudo escapar a ella –al contrario que Brasillach, Georges Suarez, Jean Louchaire o el propio Drieu-, pero ¿qué fue Céline en la postguerra sino un esperpéntico cadáver civil?

Drieu había jugado y perdido la partida de la vida. Ya no había otro horizonte que la propia muerte como final que se planifica y se busca. Inevitable corolario que cierra el paso a la propia decadencia, a lo viejo: ¿acaso no era este el destino que Drieu había siempre anhelado? Fue Drieu quien escribió un día que sólo “un hombre joven puede encarnar al mismo tiempo la acción y el sueño, el amor y la ambición, la espiritualidad y la sensibilidad”.

MORCILLO, Juan C. García, “Drieu La Rochelle” en *Tribuna de Europa* N° 5, Febrero-Marzo 1996, II Época, pp. 19-25

Texto digitalizado por:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
2007